

LA GUERRA Y LA PATRIA EN EL PENSAMIENTO DE GALDOS

YOLANDA ARENCIBIA

Profesora de Literatura Española
del Colegio Universitario de Las Palmas.

I

Para llevar a cabo una tarea investigadora sobre el pensamiento de un escritor ya fallecido —como es nuestro caso concreto al tratarse de Benito Pérez Galdós—, tres son las vías que se nos ofrecen: *a)* estudiar atentamente las biografías editadas sobre el autor, especialmente aquellas que aparecen acompañadas de documentación aneja —cartas, discursos...—; *b)* extraer datos del epistolario, de las publicaciones en prensa y de los discursos en el estrado público (en el caso de Galdós estas fuentes son muy ricas), y *c)* rastrear en el contenido de la obra de creación aquellos retazos de su pensar expresados a través de opiniones del narrador, de una voz *en off* que comenta o puntualiza, e incluso a través de algunos de los personajes ficticios más representativos. Las dos primeras vías (biografía, epistolario, discurso y obra no creativa) son fuentes más seguras y netas. La tercera, la que intenta sorprender al autor agazapado tras sus criaturas literarias, es más comprometedora y más discutible, pero también más explícita y más atractiva; sobre todo para alguien cuya vocación es más literaria que histórica. Como es ese nuestro caso, es esa tercera vía la que hemos seguido, aunque hayamos buscado apoyo en las otras dos.

Adelantemos una consideración: conocemos los peligros de un estudio interpretativo y no querríamos caer en la falacia, siempre condenable, de los personalismos gratuitos. Porque ¿hasta qué punto podemos asegurar que las ideas que se desprenden de un texto creativo son las de su autor? Tratándose de novela —creación, fabulación completa— sería demasiado ingenuo y simple suponer detrás de cada personaje positivo o negativo, de cada situación resuelta de una forma o de otra la voluntad intencionada y determinista del autor o, dicho de otro modo, suponer la total identificación entre autor y narrador. El prestigioso novelista checo Milan Kundera, en un discurso reciente, recordaba la diferencia entre escritor y novelista: éste —dice Kundera— no es sólo el que desaparece detrás de su obra, como decía Flaubert, sino que «no sólo no es el portavoz de nadie, sino que ni siquiera es el portavoz de sus propias ideas». Estamos totalmente de acuerdo con esta afirmación.

La novela histórica, sin embargo, alumbrada evidentemente en una voluntad historicista, se halla enmarcada en otros parámetros. Como ocurre con los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós.

Amado Alonso, en «Lo español y lo universal de Galdós»¹, señala un ansia genial de comunión como impulsora de toda la obra novelística galdosiana. Para Galdós —dice—, escribir novelas supuso el cumplimiento de la misión nacional de alumbrar la conciencia, influir en el modo social de los españoles y mejorar su índole política. Es pues, para este autor, falsa la distinción que se hace entre novelas de costumbres y novelas históricas, porque todas la creaciones son igualmente históricas e igualmente inventadas. Si esto puede afirmarse de toda la creación galdosiana, con mucha más propiedad conviene a ese monumento histórico que son los *Episodios nacionales*.

Con los *Episodios* Galdós ha conseguido dos objetivos: el primero, tal vez menos consciente, ha sido situarse en la línea de autores que han hecho de la preocupación por España tema central de sus obras; esta línea, que arranca de Cervantes, pasa por nuestros clásicos intelectuales del xvii y xviii, nuestros románticos —Larra a la cabeza—, por nuestros dieciochistas, desemboca en la obras cimeras de don Américo Castro y don Claudio Sánchez Albornoz y continúa hoy en vigente actualidad. El segundo de los objetivos, éste totalmente intencionado, ha sido el legarnos en ellos una lección de historia viva, y como tal capaz de aportar enseñanzas para el futuro. En ello coinciden los investigadores galdosianos, entre ellos la profesora Clara Lida, quien, además de reafirmar el ansia de ejemplaridad patriótica de los *Episodios*, subraya la presencia de un pesimismo subyacente que motiva el que nazcan con una derrota —*Trafalgar*—, y que va afianzándose en los siguientes títulos y series².

Interesante para nuestros objetivos nos parece también la puntualización que expone M. Durán³ cuando afirma que para Galdós los *Episodios* fueron una ocasión insustituible de definirse a sí mismo al mismo tiempo que definía su época y que precisaba —con intención de magisterio— cuáles habían sido los antecedentes inmediatos de su generación.

Sin dogmatizar sobre la cuestión, podemos afirmar que en los *Episodios nacionales* Galdós descubre su honda preocupación política, su profundo sentir ante los hechos, tan cercanos, en la España que le tocó vivir. Para ello elige un marco histórico, unos personajes históricos, unas situaciones históricas intencionadas y concretas; en ellas insufla el alicento de «la risa de Dios» (como define Milan Kundera a la facultad creadora) y tal visión histórica deviene novela histórica. La intencionalidad didáctica del autor subyace bajo el entramado novelesco a modo de puntal y apoyatura. Ello justifica que sus propias convicciones afloren a la superficie creativa. De ahí hemos intentado extraerlas.

* * *

¹ A. Alonso, «Lo español y lo universal en Galdós», en *Materia y forma en poesía*, Madrid, 1965, pp. 203 y ss.

² Clara E., Lida, «Galdós y los *Episodios Nacionales*. Una historia del liberalismo español», en *Anales galdosianos*, III, 1968.

³ M. Durán, Prólogo a *B. Pérez Galdós y la novela histórica española*, de A. Regalado García, Madrid, Insula, 1966, p. 62.

II

Galdós trata en sus *Episodios nacionales* una serie de temas, de grandes temas —podríamos decir—. En torno a ellos, y claramente extraíble a partir de los textos, queda plasmada su personal filosofía al respecto. Es la visión del autor oficiando de narrador-autor implícito unas veces, subsumiéndose en sus personajes otras, conduciéndonos hacia una determinada visión de la realidad casi siempre.

El centro de nuestro trabajo es destacar las consideraciones de Benito Pérez Galdós ante el tema de *la guerra*; serán extraídas de las tres primeras series de sus *Episodios nacionales* principalmente. Del tema de *la guerra* derivaremos hacia el de *la patria*, porque íntima se nos aparece la conexión entre ambos; no otra cosa que una profunda preocupación patriótica conduce al autor a afrontar el análisis de las guerras de España y ella misma sirve de sustento a cada página de los *Episodios*.

Al observar la historia de nuestro siglo XIX Galdós parece partir de una realidad incuestionable: existe en el hombre español un ansia de lucha y de guerra que le ha llevado a hacer de gran parte de su historia una sucesión de posiciones políticas rotundas que degeneran en una guerra civil más o menos grave. Esta belicosidad genética ha traído como consecuencia la proliferación de caudillos —grandes y pequeños— y, sobre todo, de guerrilleros, los cuales, según podemos leer en *Los apóstólicos* (9, 1.ª serie), tuvieron en la guerra de la Independencia su gran escuela:

«España entera se echó a la calle o al campo; su corazón guerrero latió con fuerza y se cinó laureles sin fin en la gloriosa frente (...) La guerra de la Independencia fue la gran escuela de caudillaje, porque en ella se adiestraron los españoles en el arte, para otros incomprensible, de improvisar ejércitos y dominar por más o menos tiempo una comarca (...) Las maravillas de entonces las hemos llorado después con lágrimas de sangre.»

Y ello es porque, según asegura Galdós, España padece de un mal de guerra crónico.

Leemos en *Los ayacuchos* (9, 3.ª serie):

«Nuestro mapa no es una carta geográfica sino el plan estratégico de una batalla sin fin. Nuestro pueblo no es un pueblo sino un ejército. Nuestro gobierno no gobierna, se defiende. Nuestros partidos no son partidos mientras no tienen generales (...) Lo que llamamos paz entre nosotros es, como la frialdad en física, un estado negativo, la ausencia de calor, la tregua de la guerra.»

Para Galdós, pues, parece ser la pasión bélica una constante española; y una constante negativa. Casi podríamos afirmar que es Galdós profundamente antibelicista.

Pero la cuestión no es tan simple.

La actitud de Galdós ante la guerra es diferente en cada una de las series que hemos analizado.

En la primera serie, este *vivir desviviéndose* del español guerrero parece ser considerado favorablemente, lo que es normal por la índole de los hechos históricos que en ella se narran: las vicisitudes de la guerra de la Independencia, en la que el pueblo español vivió la idea de nacionalidad y merced a la cual «su permanencia está asegurada» —expresa Galdós—. La guerra entonces es necesaria, es *hon-*

rosa, es la afirmación de un pueblo ante el enemigo extranjero. Toda esta primera serie respira optimismo: se exalta a los grandes héroes —Churruca, Gravina, Valdés, Álvarez de Castro—, a los guerrilleros valerosos —el Empecinado—, a los pequeños héroes encarnados en criaturas de ficción porque su nombre no figura en las crónicas —como Gabriel Araceli, Marcial *medio-hombre*, Andrés Marijuan—. Cuando la guerra se cuestiona, adquiere los tintes ingenuos que Araceli le da en *Trafalgar*:

«¿Para qué son las guerras, Dios mío? ¿Por qué estos hombres no han de ser amigos en todas las ocasiones de la vida como lo son en las de peligro? Esto que veo, ¿no prueba que todos los hombres son hermanos? (...) Debe de haber hombres muy malos que son los que arman las guerras para su provecho particular, bien porque son ambiciosos y quieren mandar, bien porque son avaros y anhelan ser ricos. Estos hombres son los que engañan a los demás, a todos estos infelices que van a pelear; y para que el engaño sea completo, les impulsan a odiar a otras naciones; siembran la discordia, fomentan la envidia, y aquí tienen ustedes el resultado. Yo estoy seguro de que esto no puede durar: apuesto doble contra sencillo a que dentro de poco los hombres de unas o de otras naciones se han de convencer de que hacen un gran disparate armando tan terribles guerras, y llegará un día en que se abrazarán, conviniendo todos en no formar más que una sola familia.»

Van variando las cosas en la segunda serie. Es ésta una serie poco guerrera, aunque la guerra de la Independencia no ha terminado aún y el primer episodio narra su desastroso final (*El equipaje del rey José*). Galdós aventura en esta segunda serie una explicación genética sobre los problemas de España. Aquí el candente tema de *las dos Españas* (ya atisbado a partir del título quinto de la primera serie) toma cuerpo novelesco simbolizado en los dos hijos de Fernando Navarro Garrote: Carlos, tradicional y apostólico, y Salvador Monsalud, afrancesado primero y masón, liberal y progresista después. Antagónicos, pero irremediamente —dolorosamente— unidos en los ideales de fondo y en el amor. Encarnado en ellos y en los dos maestros (Sarmiento y Naranjo), se plantean en esta serie los problemas de la patria: sus contradicciones y sus conflictos. En esta serie no hay grandes guerras, sino *profundas batallas* en torno a la identidad y a la unificación ideal de los españoles.

Sólo ocasionalmente surgen consideraciones sobre las guerras; como en el título primero (*El equipaje del rey José*), en que oímos en boca del resentido Bartolomé Canencia:

«¡Batallas!, ¡Ejércitos!, ¡Napoleón!, ¡Lord Wellington! ¡Qué basura! Soy partidario del género humano, señores. Odio las guerras destructoras de la convención social y aguardo el día de la emancipación de los pueblos (...) Como si la espera fuera otra cosa que un pedazo de acero, una herramienta brutal, una lanceta inerte y punzante que sólo sirve para sangrar a los pueblos. Y entre tanto, las ideas... Volved los ojos a todos lados y decidme ¿dónde están las ideas?»

No faltan en esta serie textos alusivos a un tema que se verá desarrollado ampliamente en la siguiente: el horror de la guerra civil. Aparece, por ejemplo, en el desaliento acongojado de Monsalud (en *Los cien mil hijos de San Luis*) ante la carnicería fratricida y que le hace exclamar, resignada pero enérgicamente:

«La guerra es la guerra, y exige estas crueldades. Es preciso ser verdugo para no ser víctima. O ellos o nosotros.»

El mismo tema aparece gráficamente reflejado cuando Carlos Navarro sostiene a Monsalud (su hermano y su enemigo) en una actitud que motiva estas reflexiones en el narrador:

«Monsalud se dejó levantar y conducir maquinalmente, apoyado en el brazo de su rival. Así anduvieron largo trecho, despaciosamente y sin hablar palabra. Parecían dos tiernos, dos cariñosos hermanos, de los cuales el fuerte sostenía y amparaba al débil. Nadie al verlos hubiera dicho que entre ellos y en torno a ellos (envolviendo sus hermosas cabezas con fúnebre celaje) flotaba el fantasma horroroso de la guerra civil.»

El dolor de la guerra, pues, reflejado en el dolor de los que la padecen.

En la tercera serie hallamos un marco diferente. Han transcurrido casi veinte años de la vida de Galdós, cuajados de experiencias personales y políticas. Los hechos históricos que en ella se narran (las guerras carlistas, las dos regencias inseguras) parecen justificar el pesimismo del autor, que se muestra profundamente dolorido ante tanta refriega innecesaria. Todo ello convierte a esta tercera serie en la más antibélica de las tres analizadas.

Este antibelicismo galdosiano se explica especialmente en el episodio que encabeza la serie, *Zumalacárregui*. Allí las convicciones del autor respecto al tema de la guerra queda perfilado con enérgicos trazos y va siendo matizado oportunamente en el resto de la serie. Asistimos a la trama argumental en que la historia se encaja guiados por un autor profundamente interesado ante los hechos y que no esconde su enemistad hacia la causa carlista, aunque trate con admirativa objetividad al caudillo de la misma, don Tomás de Zumalacárregui, en quien ve al héroe romántico que sucumbe ante la ineptitud de sus dirigentes.

Veamos el tratamiento del tema a partir de los textos: entresacaremos en primer lugar una serie de citas que reflejan el sentimiento antibelicista del autor en general frente a toda guerra. (Todos son de *Zumalacárregui* si no se señala otra fuente.)

La primera huella antibélica de este episodio surge en las primeras páginas de la obra, en boca del narrador, que comenta dolorido la sentencia de don Adrián Ulibarri:

«Tales justicias, que dentro del convencionalismo de la religión militar así se nombran...» (p. 15)⁴.

Y poco más adelante, relacionado con el mismo suceso:

«y (quedó) cristianamente sepultada la víctima de las horribles leyes militares, obra maestra del infierno» (p. 16).

A principios del capítulo IV, y refiriéndose esta vez al sitio que a una iglesia poncn los carlistas, comenta el narrador:

⁴ Las páginas citadas corresponden a la edición «princeps» de Madrid, Hernando, 1898.

«Los lugares sagrados, mediante una breve salvedad de conciencia, caen también dentro del fuero de guerra, y los militares atan y desatan al demonio según les conviene» (p. 26).

«Despojos tristísimos de la guerra», leemos más adelante (p. 166), cuando el narrador comenta el desolado aspecto de un campo de batalla tras el encuentro.

Entre las expresiones más antibélicas destaca por su dureza y su fuerza las que surgen en voz de un individuo del pueblo llano, un ermitaño, que se ha refugiado en la soledad del monte huyendo de la barbarie:

«... Yo les digo que la guerra es pecado, el pecado mayor que se puede cometer, y que el lugar más terrible de los infiernos está señalado para los armeros que fabrican fusiles, y para todos, todos, los que llevan a los hombres a ese matadero con reglas. La gloria militar es la aureola de fuego con que el demonio adorna su cabeza. El que guerrea se condena, y no le vale decir que guerrea por la religión, pues la religión no necesita que nadie ande a trastazos por ella (...) (p. 108).

«Yo rezo todos los días porque los militares abran los ojos a la verdad y abominen de las matanzas. Pero nada consigo» (p. 108).

Si repugnante parece ser a Galdós cualquier enfrentamiento bélico, la guerra que se evoca como punto de partida de la serie de *Episodios* que *Zumalacárregui* inicia, no puede ser más odiosa: la guerra civil, tan cruel y despiadada como inútil. Afirma Regalado García: «A toda guerra la cree fratricida, porque se desarrolla entre hombres que deben considerarse como hermanos; pero a la guerra civil (...) la cree doblemente fratricida y más brutal y feroz»⁵. Clara E. Lida, siguiendo la misma línea, asevera que el desmoronamiento de la Restauración al que asiste Galdós en 1898, consecuencia de los odios y fanatismos fratricidas, se proyecta en la visión que de la guerra civil nos da en esta tercera serie⁶.

Toda la tercera serie es, además, la proyección literaria del candente y desgraciado tema de las dos Españas, ya iniciado en la serie anterior, y tan característico —según parece— del pueblo español. Hinterhäuser ve la muestra personificadora del tema de este antagonismo histórico en el episodio *Zumalacárregui* y, concretamente, en el enfrentamiento que tiene lugar entre los habitantes del pueblo navarro de Villafranca y que ocupa los capítulos IV y V del episodio⁷.

Veamos otros textos concretamente reflejadores del antibelicismo de Galdós: el narrador comenta sobre *Zumalacárregui*:

«En breve tiempo crece y se complementa una figura militar, que sería muy grande si no la hubiera criado a sus pechos la odiosa guerra civil» (p. 261).

«¡Qué tiempos! ¡Qué hombres! Da dolor ver tanta energía empleada en la guerra de hermanos. Y cuando la raza no se ha extinguido peleando consigo misma es porque no puede extinguirse» (p. 283).

En *De Oñate a La Granja* Fernando Calpena reflexiona, o reflexiona Galdós a través de su criatura:

⁵ A. Regalado García, *ob. cit.*, p. 327.

⁶ *Ob. cit.*, p. 84.

⁷ Hans Hinterhäuser, *Los Episodios Nacionales de B. Pérez Galdós*, Madrid, 1973. Para el tema de las dos Españas, véase caps. II y III.

«En todos los países la fuerza de una idea o la ambición de un hombre han determinado enormes sacrificios de la vida de nuestros semejantes: pero nunca (...) se han visto la guerra y la política tan odiosa y estúpidamente confabuladas con la muerte. La historia de las persecuciones del 14 al 20, de la reacción del 24, de las campañas apostólicas y realistas, así como del recíproco exterminio de españoles en la guerra dinástica hasta el convenio de Vergara, acusan dolor y espanto por el contraste que ofrece la grandeza de tan extraordinario derroche de vidas con la pequeñez de las personas en cuyo nombre se moría o se dejaba matar ciegamente lo más florido de la nación» (pp. 128-9)⁸.

Entroncamos así con la más dolorosa reflexión del autor, que radica en la inutilidad básica de la contienda. *La guerra es inútil porque en el fondo las dos causas son semejantes*, tanto en cuanto a sus dirigentes y protagonistas, como en cuanto a los fines que cada bando decía defender:

«Por desgracia nuestra y baldón de España, otros caudillos *carlistas y liberales* de gran renombre (...) habían de olvidar pronto los procederes humanitarios, derramando a torrentes la sangre cristiana y escarneciendo con sus crueldades los ideales que decían defender: el honor patrio, la religión, la fe» (p. 258).

Reflexiona Fago conversando con Zumalacárregui, su «alter ego»:

«La guerra, digo yo, deben hacerla en primera línea aquellos a quienes directamente interesa. Verdad que si tuvieran que hacerla ellos, quizá no habría guerra, y los pueblos no se enterarían de que existen éstas o las otras causas por las cuales es preciso morir (...) Pienso yo, mi General, que nos afanamos más de la cuenta por las que llaman *causas*, y que entre éstas, aun las que parecen más contradictorias, no hay diferencias tan grandes como grandes son y profundos los ríos de sangre que las separan» (p. 308).

Veamos otras opiniones en boca de diversos personajes: en *De Oñate a La Granja* dice Demetria, la mayorazga sensata:

«porque ha de saber usted que en la villa andaban a tiros cada lunes y cada martes por un 'Quítame allá un Carlos' o un 'Ponme acá una Isabel'» (p. 145).

En *La campaña del Maestrazgo* es un oficial cristino el que expresa con crudeza y desenfado:

«(...) Yo me doy a pensar en esto y digo ¿por qué combatimos (...) ¡La libertad, la religión! (...) ¡Los derechos de la Reina, los de D. Carlos!... Cuando me pongo a desentrañar la filosofía de esta guerra, no puedo por menos que echarme a reír... y riéndome y pensando, acabo por convencerme de que todos estamos locos (...) Creo que se lucha por la dominación, y nada más; por el mando, por el mangoneo, por ver quién reparte el pedazo de pan, el puñado de garbanzos y el vaso de vino que corresponde a todo español» (p. 40).

En *Vergara* conocemos a don Eustaquio de la Pertusa, un «despabilado mozo», «un romántico personaje» que ha desertado dos veces de las filas carlistas y de las cristinas, porque «la realidad y la experiencia persuadiéronle de que ambos ejér-

⁸ Las citas textuales corresponden a las ediciones de Alianza-Hernando (excepto las de *Zumalacárregui*).

citos eran cuadrillas de locos, igualmente ominosas ambas banderas, funestos sus caudillo, infernales sus armas» (p. 30).

Según parece indicarnos Galdós, el pueblo bajo ve la contienda del mismo modo:

«¡A mí con esas! Condenado D. Fernando VII, condenado D. Carlos María Isidro, y condenadas todas las reinas, magnates y archipámpanos que andan en este pleito» (p. 107).

«Y ¿por qué no viene el *asoluto* a ponerse aquí, en los sitios donde pegan? ¡Ah! Mientras sus soldados echaban aquí el alma, él tan tranquilo en Artaza, sentadito al calor de los tizoncs... Ellos, ellos, el D. Isidro esc, y la Isidra de allá, doña Cristina, debieran de ser los primeros en meterse en el fuego... pues de no, no veo la equidad. ¡Ay, españoles, que es lo mismo que decir bobos...!» (p. 135).

Tratando del valor y de la dignificación de la obra de Galdós afirma Angel del Río que éste, «a diferencia de los novelistas de su tiempo, abanderados de la tradición o del liberalismo, es el único que intenta la conciliación entre lo nuevo y lo viejo, y logra comprender la identidad de carácter de todos los españoles, apasionados en su intransigencia —sea tradicional o liberal— con todas sus cualidades noble y heroicas (...) y su incapacidad para poner estas cualidades positivas al servicio de unos ideales comunes»⁹.

En conclusión, la tesis antibélica que Galdós parece defender en la tercera serie de los *Episodios nacionales*, según podemos deducir de los textos, podría descansar en tres puntos:

- a) toda guerra es mala;
- b) peor aún es la que enfrenta a hermanos;
- c) la guerra fratricida es, además, inútil, pues las «causas» son, en su fondo, iguales.

Cada uno de estos puntos aparece concatenado al anterior, porque Galdós ama a los que padecen la guerra inútil: al pueblo español, víctima inocente, e inocente verdugo también:

«¡Así se derrochaba el tesoro inmenso de la energía española! ¡Es verdadero milagro que después de tan imprudente despilfarro del caudal por uno y otro bando todavía quedara mucho, quede todavía, y quedará siempre.»

Oímos con voz de Fernando Calpena en *Los ayacuchos*:

«Puedo asegurar a usted que ninguno de los que combatían en nombre del pueblo invocó a la Reina gobernadora, ni a nadie se le ocurrió proclamarla; y no obstante, por ella derramaron su sangre los muy locos, sin saberlo, que es lo más triste del caso. ¡Infeliz pueblo, criado en la inocencia y en la ignorancia de la ciencia política! El ha sido y es instrumento de los que han estudiado las artes revolucionarias y el mecanismo de los motines. Los que tiranizan al pueblo saben muy bien cómo han de componérselas para convertirlo en caballería que les arrastre el carro de sus tiempos.»

Y en *De Oñate a La Granja*, dice Rapella:

⁹ Angel del Río, *Estudios galdosianos*, N. York, 1967, p. 180.

«Farsa es la religiosidad de la mayoría de estos cortesanos; hipócrita la creencia en el derecho divino de este pobre rey de comedia; engañoso el entusiasmo de los que mangonean en el ejército y en las oficinas. Sólo es verídico el pueblo en su ignorancia y candidez, por eso es el burro de las cargas. El lo hace todo; él pelea, él paga los gastos de la campaña; él muere; él se pudre en la miseria para que estos fantasmones vivan y satisfagan sus apetitos de mando y riquezas.»

Antibelicismo, pues, por amor a los españoles. Pero como españoles son también los gobernantes, los dirigentes, para ellos tiene también Galdós palabras de comprensión *conciliadora*. En *Los ayacuchos* habla Fernando Calpena (se refiere a la época de la regencia de Espartero):

«Reconozco que es difícil juzgar con frialdad los hechos recientes en los cuales todos los vivos tenemos alguna parte más o menos activa; la imparcialidad, virtud del espectador lejano, rara vez se encuentra en los que ven la función sobre la misma escena. No pido ciertamente una rectitud de juicio que no podría tener el que se entretuviera en describir un incendio situándose en medio de las llamas; pero sí mayor serenidad para calificar los móviles humanos de los actos políticos, pues los hombres son los que politiquean, los que en la prensa o en las Cortes, a plumadas o a tiros, conducen por éstos o los otros caminos al rebaño que llamamos nación. Parece que no revela conocimiento de la humanidad el atribuir cualidades tan contradictorias a los que en uno y otro bando luchan por sus ideas, ni el suponer que éstos son ángeles y que aquellos demonios, que los de acá proceden por estímulos honrados y todo lo que piensan y hacen es la misma perfección, mientras los de allá no imaginan ni ejecutan nada que no sea perverso, criminal y desatinado. Con semejante criterio no lograremos fundar aquí sólidas instituciones, ni con tal manera de combatir se puede ir más que a la continua guerra civil, al desorden, a la barbarie.

Seamos menos exclusivos en nuestras aspiraciones y no abramos un foso tan profundo entre las dos familias. Diré a ustedes que conozco a no pocos moderados que son personas excelentes, y todos conocemos a más de cuatro liberales sin ningún escrúpulo. Cosas muy buenas han legislado y dispuesto nuestros amigos, y otras que son evidentes disparates. No todo es oro acá, ni allá todo escoria, que en uno y otro montón abundan el precioso metal y las materias viles. No debemos despreciar, tratándose de política, las formas, amigo mío (...) formas pido a los hombres en lo que escriben, en lo que decretan, en lo que hacen; formas en el trato político como en el social, y sin formas, las ideas más bellas y fecundas resultan enormes tonterías.»

El antibelicismo de Galdós se manifiesta también en sus documentos políticos. Uno de los más expresivos al respecto es el discurso que pronunciara en Santander (agosto, 1911) en contra de la guerra de Marruecos. En él explicita también los móviles de este sentimiento: preocupación humanista y amor patrio. Veamos un fragmento:

«Pero mi espíritu está aquí, entre vosotros, afirmando, con los que han de hacer de esta tribuna altar del patriotismo, que a España repugnan ya las tragedias marciales; que España no quiere afrontar nuevos riesgos en cruentas lizas; que la pobre patria nuestra ha menester de todas las horas y todos los minutos para reconstruirse interiormente por el trabajo, en el sosiego profundo de una paz duradera. (...) En el siglo xx es necedad creer que sólo del choque de las armas puede surgir la bienandanza de las naciones. Las porfías belicosas fuera de sazón pueden dar cosechas de laureles y efímeros resplandores de gloria, pero provechos

positivos, ventajas prácticas, no. Unos y otros se alcanzan luchando tenazmente en la escuela y en el taller, en lo hondo de las minas y en lo alto de las regiones donde el pensamiento se ilumina con la luz de la ciencia (...)»¹⁰.

En sentimiento antibélico no implica, sin embargo, que no defienda la contienda cuando ésta es necesaria.

En *Un voluntario realista*, una monja conciliadora lo expresa con resuelta sencillez:

«Yo también creo que la guerra es a veces necesaria y que Dios mismo la dispone. Hay santos del combatir como hay santos del ayunar.»

En esta línea pro-bélica resulta muy curioso un documento que reproduce Salvador de Madariaga (véase nota 10). Se trata de un autógrafo que estampó Galdós para el álbum de «Españoles ilustres de principios del xx» de *Blanco y Negro*. Allí se lee:

«La historia de España mientras hubo guerras, es una historia que pone los pelos de punta; pero la que escriben ahora estos danzantes no ponen los pelos de ninguna manera porque es una historia calva, que gasta peluca. Yo, que quiere usted que le diga, entre una y otra prefiero la primera... me repugnan los pelos postizos.»

Antibelicismo, pues, pero por puro afán de concordia y no a costa de renunciar a ideales y derechos; no a costa de resignarse a lo que para el autor significa el desmoronamiento de la patria.

III

La patria. Si un impulso movió el didactismo de Galdós a la hora de escribir sus *Episodios* fue, precisamente, el amor la patria; el ansia de devolver al pueblo español el ardor del patriotismo, «única pasión que da salud y vida a los pueblos enfermos», como afirma en *Amadeo I*. El mismo impulso que motivó su paso a la política activa en 1907 después de tantos años de contacto literario con el pueblo español. Así lo expresa él mismo en la carta-manifiesto que dirige a don Alfredo Vicenti adhiriéndose públicamente al bando republicano:

«Diga usted que he pasado del recogimiento del taller al libre ambiente de la plaza pública no por gusto ni por ociosidad, sino por todo lo contrario. Abandono los caminos llanos y me lanzo a la cuesta penosa, movido de un sentimiento que nuestra edad miserable y femenil considera como ridícula antigualla: el patriotismo. Hemos llegado a unos tiempos en que al hablar de patriotismo parece que sacamos de los museos y de los archivos históricos una arma vieja y emmohecida. No es así: ese sentimiento soberano lo encontramos a todas horas en el corazón del pueblo donde para nuestro bien existe y existirá siempre en toda su pujanza.»

¹⁰ Hemos copiado parte de este discurso, que fue leído por el secretario de D. Benito, Pablo Nougués, el 19 de agosto de 1911 ante 7.000 u 8.000 personas. El día anterior se había entrevistado con Pablo Iglesias en «San Quintín», finca santanderina del autor. El discurso aparece recogido por Benito Madariaga en *Pérez Galdós, biografía santanderina*, Santander, 1979, pp. 232-3.

Son palabras de un Galdós maduro, acrisolado por las vicisitudes históricas de la segunda mitad del XIX.

Compararemos su voz con aquella juvenil y optimista que en 1873 definía la patria con cándida sencillez: habla Gabriel Araceli en *Trafalgar*:

«Por primera vez entonces percibí con completa claridad la idea de la patria, y mi corazón respondió a ella con espontáneos sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma (...) Pero en el momento que precedió al combate comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándolo y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche y saca de la oscuridad un hermoso paisaje. Me representé a mi país como una tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, haciendas que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos, para defender la patria, es decir, el terreno en que ponían sus plantas, el surco regado con su sudor, la casa donde vivían sus ancianos padres, el huerto donde jugaban sus hijos, la colonia descubierta y conquistada por sus ascendientes, el puerto donde amarraban su embarcación fatigada del largo viaje, el almacén donde depositan sus riquezas; la iglesia, sarcófago de sus mayores, habitáculo de sus santos y arca de sus creencias; la plaza, recinto de sus alegres pasatiempos; el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles transmitidos de generación en generación, parecen el símbolo de la perpetuidad de las naciones; la cocina, en cuyas paredes ahumadas parece que no se extingue nunca el eco de los cuentos con que las abuelas amansan la travesura e inquietud de los nietos; la calle, donde se ven desfilar caras amigas; el campo, el mar, el cielo; todo cuanto al nacer se asocia a nuestra existencia, desde el pesebre de un animal querido hasta el trono de reyes patriarcales; todos los objetos en que vive prolongándose nuestra alma, como si el propio cuerpo no le bastara...»

Entre un documento y otro, casi treinta y cinco años; en medio, páginas y páginas de amor patrio manifestado en cada una de las evocaciones históricas que recuerda, analiza y juzga, en cada uno de los altibajos patrios que rememora y, sobre todo, en cada uno de los individuos del pueblo español que llora, ríe, ama, goza y sufre en sus páginas.

Para finalizar, queremos recordar un párrafo del hermoso discurso que Galdós dirigió a unos compatriotas canarios en diciembre de 1900, en momentos muy difíciles para el archipiélago:

«Habéis visto que ha llegado la hora de avivar en nuestras almas el amor a la patria chica para encender con él, en llamarada inextinguible, el amor a la grande; habéis advertido que la preferencia del terruño natal debe ahora ensanchar sus horizontes llevándonos a querer y venerar con mayor entusiasmo el conjunto de tradiciones, hechos y caracteres, de glorias y desventuras, de alegrías y tristezas que constituyen el hogar nacional, tan grande que sus muros ahumados no caben en la Historia.»

La patria chica-la patria grande. El hogar nacional, como en *Trafalgar*, grande, «tan grande que sus muros ahumados no caben en la Historia».

Toda una definición; y toda una confesión de amor y de esperanza.